

HIPÓTESIS SOBRE LA VIOLENCIA EN UNA SOCIEDAD IMPLOSIONANDO

LEANDRO BARTTOLOTTA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

IGNACIO GAGO
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Comenzamos con un enunciado que tiene más de perturbador que de provocador. No vivimos en una sociedad violenta; una sociedad *implosionando* no es una sociedad violenta o en donde la violencia aumenta. Una sociedad implosionando, más precisos, lo social implosionando es algo mucho peor que la violencia social. O, al menos y para no cargar y de entrada las hipótesis, es algo diferente a la violencia social. Por eso decimos que no estamos atravesando *tiempos violentos*, sino algo mucho más inquietante. Lo *social implosionando* (la forma que toma el lazo social en la precariedad) se devora los diagnósticos y las categorías conocidas. Si decimos que lo que hay es una sociedad violenta, corremos el riesgo de asumir la perspectiva de la anomia y el caos. Y con ella, toda una manera de intervenir, un imaginario de *reposición*, ciertos “verbos” asociados a esa forma de ver (contener, reparar, controlar, aquietar), protocolos, lenguajes, y maneras reconocibles de indignarse o asombrarse.

De los dramas constantes de la precariedad, incluso de los que llegan al umbral de dato estadístico (inseguridad, violencias difusas, tragedias económicas familiares, trastornos de salud mental y enfermedades crónicas en cuerpos cada vez más ajustados y endeudados, consumos problemáticos de nuevas y malas drogas, intentos y efectuaciones de suicidios, etc.) quedan solo representaciones fantasmales atrapadas en el *régimen de obiedad*, imágenes espeluznantes para el hashtag o el clipeado del móvil shockeante del día. Lo que cae ahí, en esa superficie fría, es bastante difícil de recuperar. Sobre todo, por la velocidad que adquiere una sociedad permanentemente *implosionando*. Una sociedad hipermovilizada y precarizada; para nada aquietada o resignada o “derechizada” en términos ideológicos. Más bien cansada e intranquila; acaso maneras contemporáneas y argentinas de estar en movimiento.

Proponemos, con estas hipótesis, un rodeo perceptivo: desarmar la noción de *violencia como diagnóstico*, como código, para luego sí poder percibir qué tipo de violencias (fuerzas) circulan por lo social, pero ya ubicados en otra gramática. Salir de la lógica del diagnóstico para poder cartografiar lo *social implosionando*. La cuestión es entonces perceptiva: intentamos un desplazamiento tanto de las lecturas que instauran un realismo aplastante y mecanicista, con la violencia como prisma desde el cual percibir de manera fatalista todo lo que acontece, como de las lecturas alarmistas, donde la violencia ingresa como vector que “desacomoda” el orden social, las expectativas políticas o los parámetros ético-morales con los que se cuenta, alterando todo a su paso. Las nociones de *normalidad precaria* o de *violencias inquietantes*, sobre las que trabajamos, apuntan a dar esa disputa perceptiva y abrir las discusiones sobre la situación actual; perforar el escroleo de la coyuntura social.

El desplazamiento: que el prisma sea la *precariedad* (con acento argentino), y que lo *social implosionando* sea la hipótesis de trabajo para comprender las mutaciones de la sociedad argentina en torno a la violencia, los vínculos, las instituciones, los *rejuntos* (¿poscomunidades?), las dinámicas urbanas. A la precariedad la pensamos, a la vez, como campo de juego y *campo de batalla*; por sobrevivir, por hacer pie, por cuidar lo poco que se tiene, por mantener umbrales vivibles en medio del desborde. Siendo más concretos, una precariedad que modifica el calendario vital y la organización del tiempo social, laboral: llegar, no solo a fin de mes, alcanzar, más o menos entero, el final del día. Estamos, en este nuevo calendario que se genera, ante una precariedad que no pasiviza o determina, sino que más bien hipermoviliza las vidas contemporáneas. Especialmente las de las *mayorías populares*, con menos redes para conquistarse otra temporalidad privada, para “bajar un cambio”, para desacelerar un poco el frenético ritmo de vida.

Hay, sin embargo, una distribución desigual y combinada de la precariedad: hay cuerpos, vidas, rejuntos, armados, que están más o menos expuestos a la precariedad; que están a diferentes umbrales y grados de distancia de sus fondos más lacerantes. Y que *implosionan* con mayor velocidad y violencia; la violencia del *aceleracionismo precario*. La precariedad puede ser el límite, el plano, el fondo *común* de las vidas, pero al mismo tiempo tiene sus recortes y jerarquías. No todos estamos a la misma distancia de ese abismo, y existe, de nuevo, una desigual distribución social, geográfica, etaria y de género de la exposición a la precariedad y a los desbordes y violencias que contiene.

Repensar la noción de *violencia* en relación con esta cartografía y esta disputa perceptiva, conceptual y política por “nombrar” la precariedad y su belicosidad, implica no cerrar lo social en el diagnóstico de “sociedad violenta”. O, si se quiere, complejizar los contornos de la violencia social, desarmar sus fronteras, y que al decir “violencia” digamos en realidad *violencias inquietantes*: esos “garabatos” de lo social que escapan de toda codificación; los malestares y *terrores anímicos* que atraviesan el cuerpo colectivo; las inéditas formas que toman los vínculos; el clima espeso y por momentos insondable de instituciones, barrios y ciudades, etc. Desarmar la lógica del diagnóstico es poner en tensión el repertorio de acciones, protocolos, régimen de inteligibilidad, percepciones que contiene un diagnóstico. Vayamos un paso atrás, a lo amorfo, a los cuerpos, a los espacios, a los vínculos, a los *rejuntos*. Al “relleno” de lo social implosionando, a lo que circula por los cables de una sociedad que lleva años de ajuste económico y vital. Lo que encontramos en ese relleno es lo social implosionando, las *violencias inquietantes* (corremos aquí el riesgo de crear una nueva etiqueta, pero traemos lo inquietante para nombrar de alguna manera esas fuerzas, sin que se transforme en un adjetivo o un atributo que clausure una investigación en curso). Violencias que no son mera “amenaza

de desestabilización o desmantelamiento de un orden social” (este orden, en la precariedad totalitaria, ya está “des-hecho”), sino como algo que intranquiliza, que satura, que intensifica terrores sociales y que, por ende, sobreexige y acelera aún más lo social.

Lo que hay es precariedad y lazo social *en* la precariedad. No se trata de la precariedad como falta o como falla. En ese barro nos quedamos, en un *antes* no secuencial o temporal sino perceptivo, de la violencia. Es en ese plano de lo *inquietante* (ese “antes”) donde están los dramas y verdaderas demandas (pedidos de tranquilidad) de las mayorías populares, de un barrio, de las y los trabajadores de escuelas, hospitales, salitas de salud, etc. Un plano que es más *magmático* (y silencioso, sutil) que las cristalizaciones posteriores (el caso, el dato),¹ que ya distribuyen y asignan roles, protocolos, actores, indignaciones, emociones, móviles de televisión y discursos de mano dura. Dejar ese plano sin lectura estratégica es una derrota política. Dicho al revés: las derrotas políticas son antes derrotas perceptivas. Las crisis de representación son antes crisis de percepción.

Tres cuestiones ligadas a esta disputa perceptiva, que luego abriremos:

Percibir de otra manera, *leer y escuchar* ese espacio y sus fuerzas (lo social implosionando) es ya intervenir de otra manera. Actuar en el otro plano no es intervenir, sino seguir un protocolo. Segunda. Sostenemos que ese plano es *afectivo*. Se accede a él a través de lo que llamamos una *sociología anímica* (en contraposición a la sociología anómica). Tercera cuestión. Donde rápidamente se ve violencia “desorganizada”, pre o proto-política, etc., hay una muestra pública de impotencia Política para leer las *nuevas violencias*, la violencia de y en la precariedad, con sus límites difusos, con las nuevas formas de subjetividad que engendra, con las geografías que inaugura. ¿Cómo pensar la *belicoidad* de lo social ampliado (de lo *social implosionando*)? ¿Cómo hacerlo sin quitarle estatuto político, politicidad, importancia pública y social; sin pedirle una mayor claridad u organización, o que se traduzca en una lógica de demandas comprensible? El registro de lo *social implosionando*, de las *violencias inquietantes*, se basa en la percepción del trasfondo precario y de las condiciones materiales que irrigan las guerras en y contra la precariedad.

Una escena para pensar desde estas hipótesis:

¹ La cuestión del plano *magmático* y aquello “previo” al “caso” o la “situación violenta” que llega a un consultorio, aula o pasillo de hospital, fue conversado en la mesa “Violencia” de las Jornadas Neuropsiquiatría 2024, organizadas por los servicios de Salud Mental Pediátrica y Neurología Pediátrica de UHIBA (Hospital Italiano, Buenos Aires).

El director de una salita barrial nos dice que hay que ver el trasfondo. Repetido como un mantra a la hora de atender los reclamos de los profesionales que se lamentan si alguien llega tarde a un turno o no continúa un tratamiento o no sigue ciertas pautas de salud: “Tenés que ver qué pasó con la familia, con la mamá, no sirve culpar a nadie... Pero, a su vez, si ves el trasfondo no llegás más. No llegás a ver todos los niveles. Es el contexto, hay que ver el por qué, y el otro por qué, y así. Yo hablo con los médicos, porque a veces se encabronan porque la gente llega dos horas tarde al turno. Pero yo les digo que tienen que ver por qué es eso, si durmió o no durmió, con quién dejó a los nenes, etc. Hay que ver los trasfondos de la situación.”²

A la dimensión genealógica de la precariedad (una “genealogía de la precariedad a la argentina”), hay que sumarle entonces esta dimensión cartográfica. Mapear los pliegues, los adentros, las geografías barriales y hogareñas, institucionales (sus valles, sus depresiones, sus mesetas, sus recovecos desconocidos: genealogía y geografía de la precariedad a la argentina). Ver las zonas porosas, las líneas punteadas de las fronteras, los adentros. Queda inconclusa una investigación sobre las violencias que solo recorra “el lado de afuera” de las casas, barrios, lugares de trabajo, instituciones. Como quedan mudos los protocolos ante las violencias inquietantes, sus trasfondos y sus réplicas.

Las fuerzas que vienen de lejos, del “trasfondo” (y que seguirán replicándose), la carga implosiva de las fuerzas que llegan y “desarman” un centro de salud, un hospital, una escuela, un centro comunitario, una familia, no pueden definirse por la *violencia*, por más que formen parte del catálogo de las *violencias inquietantes* que contiene en sus pliegues lo social implosionando.

Volvemos para reforzar al punto de punto de partida y punto de mira: lo *social implosionado* es el registro de cómo en estos años de crisis y ajuste (ajuste económico, pero también ajuste vital) *la vida* se fue metiendo y detonando en un adentro cada vez más espeso e insondable. Las implosiones sociales—generalmente huérfanas de imágenes políticas y regaladas involuntariamente al gorrudismo ambiente, al securitismo, al realismo sórdido de la derecha y su eficiente gestión cotidiana de la intranquilidad y el terror anímico que la precariedad provoca—son un elemento central de la sociedad actual. Las implosiones sociales no son relieves amenazantes de lo social, no son pequeños atentados contra el orden social. Pero dentro de lo social implosionado se incuban violencias difusas, amenazas a cualquier estabilidad existencial privada.

² Conversación con el director de un Centro de Salud Comunitario ubicado en zona sur del conurbano bonaerense, en el marco de la investigación que dio lugar a la publicación *La sociedad ajustada* (Colectivo Juguetes Perdidos, 2019).

Lo que queremos decir es que las implosiones sociales no son fácilmente traducibles como violencia social. Son implosiones sociales y entonces hacen falta indicadores nuevos para investigarlas y hacerlas observables. Que se intensifique lo social implosionado no implica que “aumente” la violencia social (a veces sucede más bien lo contrario). La violencia social es ya una visibilización, un diagnóstico, un código (delitos violentos, robos violentos, lazos sociales violentos). Lo social implosionado es lo social recargado, saturado (otra metáfora: un cuarto herméticamente cerrado en el que hay una creciente pérdida de gas). Las implosiones sociales no son violentas, pero en lo social implosionado, en sus pliegues, se incuban violencias difusas, extrañas, letales, inquietantes (sin código reconocible y sin protocolo al que convocar).

“Esto es un quilombo”. Bueno: hay que investigar de qué está compuesto ese *esto*: *qué es esto*, abrirlo, antes de ponerlo, con un gesto ostensible de pereza sociológica, en la bolsa de anomia. Allí donde hay un *garabato* social, algo que no se entiende, “un quilombo raro” o una violencia inquietante hay seguramente una implosión en curso. La disputa perceptiva es una búsqueda de una nueva gramática para mapear y comprender lo social. Correrse, también, de la idea de que la implosión aparece cuando “el Estado se retira” o cuando la comunidad se disuelve o cuando el clima se espesa. La implosión no es un sustantivo o una característica de espacios o lugares. Cuando la crisis se intensifica, más se refuerza la idea de lo social precarizado, lo social empobrecido, lo social desfondado o deshilachado. No hay que agregar en esa serie: “lo social implosionado”. La implosión no es una característica de barrios, sujetos, instituciones o sociedades. No es un adjetivo ni un atributo o característica que acompaña a las transformaciones económicas, a una población específica, es la mutación profunda y desconocida de los lazos sociales en la precariedad.

No se trata, sin embargo, de una cuestión de novedad. Por más que escuchemos muy seguido (en instituciones, en conversaciones con diferentes profesionales, etc.) “esto no es como en otros momentos o crisis”, “nunca vi una cosa así, como llega la gente”, por más que no haya asociación, que no se pueda remitir una escena inquietante a otra que se recuerde, la clave no es la novedad de la violencia sino el hecho de que no se la puede anexar a una gramática, un protocolo, una manual de intervención, un marco perceptivo conocido.³ En otras palabras, intentás acercarle un código habitual y eso inquietante te tira error, una y otra vez. O intentás seguir leyendo con el mismo encuadre eso que parece rechazarlo, o probás en cambio una investigación más dificultosa y plagada, plagadas en lo social implosionando, de ilegibilidades.

³ Las frases y las hipótesis en torno a la “novedad” y densidad de las escenas cotidianas las hemos conversado y abordado junto a trabajadoras y trabajadores sociales, en una serie de encuentros de trabajo en torno a *Implosión. Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad* (Barttolotta, Gago, 2023).

Una sociología de la implosión es una *sociología anímica* de las inquietudes, y de las violencias inquietantes. Lo opuesto a una sociología de la anomia. Venimos planteando que la sociedad argentina (precariedad, inflación, ajuste mediante) viene *mutando*, y que es necesario remapear, re-calcular (en vez de diagnosticar). ¿De qué está hecha esa mutación? Entendemos que es necesaria una *lectura anímica* de la sociedad argentina. De la “sociedad del rendimiento”, con cansancio, inflación, belicosidad, sobreexigencia, malestares que se han sedimentado y forman parte del paisaje de las vidas populares. Una sociedad del rendimiento y de la hiper-movilización que no encuentra “beneficios” al final del día o como producto de ese desmesurado desgaste. El *aceleracionismo precario* es tensión: la violencia de la hiper-movilización, una vida que no para nunca, que no puede parar. Esa es la violencia que viene del fondo de la precariedad, y que provoca lo que hemos denominado *terror anímico*.⁴ Temor y temblor que es ilimitado y no distingue roles, fronteras, muros: no se detiene ante la institución, ante un Rol, pero tampoco cabeza y piel adentro (“Parecía tranquilo y de repente”). En lo social implosionando el cuerpo no para nunca, hasta en los momentos de quietud aparente sigue funcionando por dentro una máquina que gestiona y carga quilombos. Un *aceleracionismo precario* que no es punta de lanza de nada. Solo gestión enloquecedora para sostenerse en la porción de precariedad que se habita. Podríamos decir “girar en falso”, pero el movimiento no es falso, ni “anti-productivo”; por el contrario, es hiper productivismo en clave precaria y en una sociedad ajustada. Lo social implosionado es la ultraproductividad de lo social, aunque esta dimensión permanezca opaca. Lo social implosionado deviene fuerza destructiva (demoledora de cuerpos, de barrios, de espacios laborales, de instituciones) que no se opone a las fuerzas productivas. Lo social implosionado es fuerza destructiva de lo social por aceleración maníaca de lo productivo y no por su negación.

Por último, retomamos una hipótesis que nos parece central. La cuestión social como cuestión anímica desarma la idea de normalidad. La *precariedad totalitaria* pide otra categoría. Quizás la de *normalidad precaria*. Pero que es *otra* noción de normalidad. Ejemplos de esto: la modificación del calendario, la modificación de los horarios, de los hábitos alimenticios, de la noción de tiempo libre, etc. El tiempo se trastoca, vía endeudamiento, provisoriedad de los trabajos y las formas de ganarse los ingresos, de la vivienda, de los espacios, pero no en el sentido de un desacomodo “que se puede arreglar”, sino de manera irreversible. Esa es la *normalidad precaria*, la regularidad de la

⁴ El concepto de *terror anímico* lo trabajamos en profundidad en el libro *¿Quién lleva la gorra? Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres* (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014).

precariedad totalitaria: no hay reposición ni restitución posible, y lo que se arma es un ritmo cotidiano y un calendario vital propios.

En relación a este nuevo calendario, la palabra *tranquilidad* debe ser una de las que más resuenan, no solo en una escucha rápida de Focus Group, sino en términos de la cotidianidad de las mayorías populares. La tranquilidad no remite a algo sostenido en el tiempo, sino que parece hablar de un equilibrio momentáneo, de una percepción del cotidiano que se aquieta en la pura contingencia. Y en esto se distingue de la noción de orden. Pedir tranquilidad y no orden puede ser asumir que no hay operación necesaria ni lugar legítimo desde donde “ordenar”. Si orden se le pedía al Estado moderno (orden frente al caos económico, político, público), tranquilidad es lo que se pide de manera más o menos silenciosa, algunas veces desde el ruido o desde un insistente murmullo, en la precariedad totalitaria. Desear tranquilidad social no es lo mismo que pedir orden público: un pedido de tranquilidad incluye lo público, pero no se reduce a esa dimensión. Se pide tranquilidad en las calles, en el barrio, pero también en el interior de la casa, en los vínculos familiares y sociales, en la propia vida; se le pide silencio y tranquilidad al propio e interminable monólogo interno.

Intranquilidad—y no caos—es lo que predomina en lo social implosionado. No se trata tanto del caos del estallido, de la debacle, de la anomia ruidosa y enloquecedora—a la vez que intensa, adrenalínica—sino de una intranquilidad como sonido de fondo, ruido blanco constante, como característica de la vida anímica en la precariedad. Y como demanda infinita e impracticable también. Intranquilidad como efecto de la exposición permanente al infinito, a ese afuera abierto que se introyecta en cada vida, en cada hogar, en cada mundito, que es la precariedad totalitaria. De pedir orden y “defender la sociedad” a proteger el estado de ánimo, entonces. O en todo caso, defender esos rejuntes que son conjuras, esos armados medio milagrosos que quién sabe cuánto duran. El laburo o ingreso inesperado, el buen clima en una institución, esa iniciativa en el barrio que por ahora va bien, etc.

Sobre capas de terrores pasados y sepultados, o redefiniéndolos, nuestra época incubó entonces su propio terror: un terror exclusivo de la precariedad, el *terror anímico*. Un terror que no tiene rostros nítidos ni agentes concretos que nos recuerden sus límites, porque estos tampoco son claros. El terror anímico es uno de los tonos afectivos de lo social implosionado. Otro de sus rostros es el *cansancio*. Se retroalimentan; el terror anímico cansa, y estar cansado en suelo resbaladizo y hostil que te requiere siempre al cien, provoca un terror que no se asemeja a los terrores de épocas pasadas. No es el terror a quedar desocupado, o a no conseguir trabajo, o a la incertidumbre habitacional: son todos esos terrores en *continuum*, y muchos más, replegados sobre un solo cuerpo que quedó, aún rodeado, aislado y acelerado.